



¿Cómo vivo yo mi vida?

Con los últimos coletazos del carnaval nos adentramos ya en el tiempo litúrgico de Cuaresma. La Cuaresma invita a seguir a Jesús en su camino de ascenso hacia Jerusalén. Recibiremos señales, gestos para invitarnos a convertirnos y nos propondrán tres actitudes.

Un tiempo para pararnos a pensar, para hacernos preguntas, y entre estas preguntas una fundamental: **¿Cómo vivo yo mi vida?**

Recibí formación cristiana, católica, en la iniciación franciscana la he vuelto a recordar, además de recibir formación franciscana y valores absolutos, morales, de sagrada escritura, incluso de teología fundamental, pero... **¿soy coherente con mis actos?** Nada persuade tanto a practicar el bien como el buen ejemplo. Ya puede ser una homilía excelente que como sepa de la conducta de quien la dice, pensaré, predica ...predica...



«No se enseña ni lo que se sabe ni lo que se dice, sino lo que se hace»
Jaurés

Instrumentos tenemos, medios tenemos. Se nos da formación permanente y cada uno de nosotros se preocupa de formarse individualmente, leemos diariamente el Evangelio, lo meditamos y reflexionamos, leemos a Francisco, y alguna vez con los documentos que nos da la Iglesia, así en: **Alegría y Esperanza Gaudium et Spes** en el 16 leeremos:

En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que **debe amar y practicar el bien** y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. No rara vez, sin embargo, ocurre que yerra la conciencia por ignorancia invencible, sin que ello suponga la pérdida de su dignidad. Cosa que no puede afirmarse cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien y la conciencia se va progresivamente entenebreciendo por el hábito del pecado.

La moral cristiana, ese **“servir”**, nos llevara a transmitir a los demás la alegría por el Evangelio. El Evangelio no es, en primer lugar, un código de reglas para aplicarlas a la letra. El Evangelio nos presenta una orientación, una corriente, una dirección de vida y sobre todo, un espíritu. Poner en práctica el Evangelio no es observar la letra del Evangelio, sino captar su espíritu, un espíritu de vida, de libertad y de amor. El Evangelio debe pasar a los actos y aquí interviene la conciencia de cada uno.



El Evangelio es una exigencia, la exigencia de ir lo más lejos posible en el camino del amor. Pero siendo una exigencia no es una carga. La practica del Evangelio debe dar al cristiano la experiencia de libertad. La libertad no es “hacer lo que me da la gana”, sino “hacer lo que me libera”. **Hacer el bien, pero en Cristo.**

Quizá te llaman la atención los salmos: *El Señor es mi pastor, nada me falta / Dios es mi refugio / Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad...*

En el padre nuestro decimos; *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.* La voluntad de Dios es Cristo; y consiste en aceptarle y seguir el camino por él trazado: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadle”. En la unión con Cristo, el hombre hace la voluntad de Dios. Para ello es necesario cumplir los mandamientos: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,14). Por otra parte, Jesús siempre hace lo que agrada a Dios, vive pendiente de su mandato, que es la vida eterna. Entramos en comunión con la voluntad de Dios comulgando con la de Jesús.

La ponencia final del *Congreso de Vocaciones* celebrado el pasado mes de febrero nos dice: La vocación: un don que se recibe y se entrega. Toda vocación nace en Dios y es una llamada para el bien del mundo. En esencia la misión no es otra cosa que inundar el mundo de fe, amor y esperanza. La relación con Cristo es el fundamento de toda vocación cristiana.

En la Eucaristía Mons. Luís Argüello nos dice: *«”acordémonos de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde somos convocados. Duc in altum, a lo alto, a lo ancho, a lo hondo, para responder a la pregunta, ¿para quién soy yo? Ya sabemos la respuesta Para el Señor en los hermanos”»*. A la pregunta ¿para quién soy? La respuesta es:

Soy para el Señor en los hermanos.

Pues hermanos este, *soy para el Señor en los hermanos*, nos habla de la fraternidad.

Francisco hace la experiencia del Dios de Jesucristo siguiendo con la mayor fidelidad sus huellas. Tomás de Celano nos dice: «Llevaba Francisco a Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos; Jesús en las manos, Jesús presente en todos sus miembros». El seguimiento y la contemplación de Cristo terminó por grabarse en su cuerpo hasta reproducir las llagas de la pasión. Cuando Francisco habla de su Amado su rostro resplandece, todo su cuerpo se estremece. «Desde que el Señor me dio hermanos...», escribe en el Testamento. El amor es la sustancia de la relación de Dios con el hombre

Por la imitación de Jesucristo, Francisco se hizo la copia y la imagen más perfecta que jamás hubo de Jesucristo
Nuestro Señor
Benedicto XV

Con todo esto volvemos a la pregunta: ¿Cómo vivo yo mi vida?

Yo Franciscano Secular, repaso y veo: ¿Cómo vivo yo mi vida?

FRATERNIDAD REGIONAL FORMACIÓN

Contemplativos en medio del mundo

“La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él”. San Agustín.

¡Enséñame, Señor, a rezar mi sed, a pedirte, no que la suprimas de raíz o que te apresures a apagarla, sino que la hagas aún mayor, en una medida que desconozco y que únicamente sé que es la Tuya!

Enséñame, Señor, a beber de la propia sed de Ti, como quien se alimenta incluso a oscuras del frescor de la fuente.

Que la sed me haga mil veces mendigo, haga que me enamore y me convierta en peregrino. Que me obligue a preferir el camino a la posada y la abierta confianza al cálculo programado.

Que esta sed sea el mapa y el viaje, la palabra encendida y el gesto que prepara la mesa sobre la que compartimos el don.

Y que, cuando dé de beber a tus hijos, mis hermanos, no sea porque tengo en mi poder el agua, sino porque, al igual que ellos, sé lo que es la sed. Amén.

Nos encomendamos también a la Virgen María... Dos te salve María...

EL ENCUENTRO CON DIOS
MODIFICA NUESTRA
EXISTENCIA

CRISTO ESTÁ EN LA IGLESIA
LA IGLESIA ES CADA UNO DE
NOSOTROS

MARÍA...LA VÍRGEN HECHA
IGLESIA

Fray Francisco Oliver † OFM

Con estas palabras, con la oración, comenzaba el encuentro de Formación en Lorca el pasado día 15 de febrero, donde nos encontramos los hermanos de la Fraternidad Regional Cartaginense en el convento de nuestras hermanas Clarisas

En las primeras palabras de Arturo de Cómo ser peregrino y dar esperanza, en este año jubilar, a nuestros hermanos. Nos dice que también **la oración fomenta la esperanza** que lleva a orientar la vida hacia Él. Responder con el corazón, intensificar la oración en el año de gracia del Señor.



Tras repasar el año de oración del Papa Francisco nos lleva a la CC.GG. y nos recuerda: «*La espiritualidad del franciscano seglar es un proyecto de vida centrado en la persona de Cristo y en su seguimiento...*». Ser franciscano seglar implica la conversión de corazón. *Los hermanos cultiven el trato filial con Dios y “hagan de la oración y de la contemplación el alma de su vida y de su obrar”. Traten de descubrir la presencia del Padre en su corazón...*

Arturo nos insta a tomar la oración con importancia, que oremos bien, que con la Regla intentemos profundizar en los valores de vida evangélica. Que sea el alma de nuestra vida y de nuestro obrar. **¿Cómo tiene que ser nuestra oración?** «...traten de descubrir la presencia del Padre en nuestro corazón». El Reino de Dios está dentro de vosotros.

Fomentar el encuentro con Cristo desde la oración, tener un dialogo constante y profundo. Si nuestro compromiso y servicio no están fundamentados en el encuentro constante con Cristo, toda acción y todo servicio se vuelve vano, hueco, superficial. No seré espejo de Cristo.

«La Fraternidad se compromete con alegría a acompañaros, en vuestro itinerario, con la amistad, con la oración y con la ayuda de su testimonio de vida. Por vuestra parte, impulsad nuestra Fraternidad con el número, la presencia y la comunión».

Del Ritual. Iniciación.

Nuestras fraternidades deben ser hogares de oración. La oración expresa el deseo que el hombre tiene de Dios. Arturo nos insta a fijarnos en la oración de Jesús en el Evangelio y un ruego, o una petición...Francisco enséñanos a orar.

En este encuentro contamos con la presencia de **Shejiná**, el **proyecto de acción social** para el curso presente. Pedro, sacerdote diocesano de Murcia, nos dio las gracias por la acogida y tras unas pinceladas sobre su persona nos dijo lo que era Shejiná. Nos habló del nacimiento de la asociación; **una asociación para ayudar a los jóvenes**, una experiencia de años donde han pasado diversos chicos, chicos que acompañaban a Pedro y entre ellos David, procedente de Barcelona que nos dio su testimonio, y con éste quedo claro para los asistentes el motivo y el alma de la **organización, a la que nos comprometemos a ayudar en este ejercicio**. En la Eucaristía Pedro nos habla de "**Dar gratis, lo que gratis hemos recibido**", no hay cosa más grande que anunciar el evangelio, que Cristo ha vencido a la muerte. Pedro comentaba que ante la tumba de san Francisco: ver a alguien donde Dios ha hecho una obra maravillosa, ver que es ser "otro Cristo". Nos dice que hay chicos que el mundo rechaza pero que Dios atrae. El mundo atrae a las personas, pero una vez destruidas las rechaza.

Los chicos de Shejiná pusieron las notas musicales en la eucaristía con sus cantos.

Gracias por la presencia de los chicos de Shejiná Esa presencia divina que ellos van buscando en su vida. **Qué sepamos responder como se merecen.**

En próximos encuentros llevaremos artículos que se necesiten y también económicamente

Contacta con la ministra de Cieza.

AYUDEMOS A SHEJINÁ
AYUDEMOS AL HERMANO



ERES JÓVEN NECESITAS AYUDA ENCUÉTRANOS

SEDE: CI José Pérez Gómez 2,
Bajo, Cieza
CUENTA: ES21 0049 4676 8021
1613 6313
Tlf. 655 15 79 46 correo-e:
asociacionshejina@yahoo.com
Facebook:
Asociación Shejiná

“Contrición y reconciliación”

Parte de la fascinación que Jesús generaba en sus contemporáneos se debía a su capacidad de curar lo incurable. El Señor atraía también mucho interés por lo sorprendente de algunos prodigios, por la fuerza y originalidad de su predicación, por su simpatía y

buen humor, porque aparecía como el Mesías prometido en las Escrituras..., pero muchos se acercaban a su figura sobre todo por los milagros que hacía con los enfermos. Se había corrido la voz de que leprosos, parálíticos, ciegos, sordomudos o personas con problemas de movilidad habían sanado gracias a sus palabras y sus gestos.

Pero Jesús devolvía la salud a los cuerpos también para mostrar un poder más grande: curar las almas. Jesús reconcilia como solo lo podría hacer Dios: viene a sanar el fondo de nuestro corazón. “¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados —se dirigió al parálítico—, a ti te digo: levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa” (Lc 5, 23-24). Al Señor le interesa, sobre todo, curar nuestra ceguera interior: la que nos impide darnos cuenta de todo lo que recibimos de él; quiere curar nuestra mudez, nuestra incapacidad de poner palabras al mal que hay en nosotros; la sordera que nos impide atender a la voz de Dios y a las necesidades de nuestro prójimo; nuestra parálisis para movernos hacia lo que nos puede hacer verdaderamente libres; o la lepra que nos hace creernos indignos de un Dios que nunca se cansa de buscarnos. Cada momento de la vida de Cristo, y en especial su



pasión y su resurrección, manifiesta su deseo de curar. Lo único que necesita es encontrar en nosotros ese mismo deseo. La curación solo es posible si no escondemos nuestra herida ante quien tiene el poder de sanar.

“Todo proviene de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo y nos confirió el ministerio de la reconciliación”, escribe san Pablo a los de Corinto. “Porque en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, sin imputarle sus delitos, y puso en nosotros la palabra de reconciliación” (2Co 5,18-19). Las primeras comunidades cristianas, quizá por el contraste con la dura lógica social que las rodeaba, fueron comprendiendo que la reconciliación con Dios y con los demás era un don que solo podía venir de lo alto. Se daban cuenta de que nosotros no podemos «causar» el perdón de Dios con nuestra penitencia o con nuestros actos de reparación, sino que solamente podemos aceptar con agradecimiento el regalo gratuito —la gracia— que él nos ofrece.

Es fácil que, sin darnos cuenta, nos encontremos aplicando al perdón de Dios la lógica de un perdón demasiado humano. Para una mentalidad estrictamente legal, lo importante es el pago de una sanción, la cantidad que se tiene que reparar, el esfuerzo por regresar a un equilibrio anterior al daño. Pero precisamente esa lógica, con la desesperación silenciosa que puede generar en quien no tiene cómo reparar, es lo que Jesús vino a superar y vamos a reflexionar en este nuevo artículo de arraigados y edificados. Dios es más grande que nuestro corazón, y sólo Él puede curarlo, reconciliarlo hasta el fondo.



La primera carta de san Juan también da cuenta de esta noticia consoladora, con unas palabras que nos pueden llenar de paz: “En su presencia tranquilizaremos nuestro corazón, aunque el corazón nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo” (1Jn 3,19-20). Jesús repite una y otra vez que ha venido a salvarnos y no a condenarnos, pero aun así pueden surgir fácilmente en nuestro interior voces que traten de inquietarnos: la de una esperanza débil, que invita a tirar la toalla, porque no acaba de creerse que Dios puede perdonarlo todo; o la de la soberbia, que no soporta constatar una vez más la propia debilidad.

El Papa Francisco nos alienta a salir al paso de esas voces: “Tú, hermana, hermano, si tus pecados te asustan, si tu pasado te inquieta, si tus heridas no cicatrizan, si tus continuas caídas te desmoralizan y parece que has perdido la esperanza, por favor, no temas. Dios conoce tus debilidades y es más grande que tus errores. Dios es más grande que nuestros pecados, es mucho más grande. Te pide una sola cosa: que tus fragilidades, tus miserias, no las guardes dentro de ti; sino que las llesves a él, las coloques ante él, y de motivos de desolación se convertirán en oportunidades de resurrección”.

La convicción de que Dios siempre nos perdona vibra también en el corazón del salmista: “Te declararé mi pecado, no te oculté mi delito. Dije: Confesaré mis culpas al Señor. Y Tú perdonaste mi culpa y mi pecado” (Sal 32,5). Así nos acercamos nosotros al misterio de la santa Misa: para poder unirnos a la cruz de Jesús, para entrar en su transformación amante de todo el mal de la historia, empezamos por reconocer con humildad nuestra culpa; y nos golpeamos el pecho al hacerlo, como para que el corazón despierte.

En esta insistencia por reconocer nuestros pecados, conscientes o inconscientes, algunos han querido ver un posible desequilibrio psicológico o un afán por cargar pesos innecesarios en el alma. En realidad, aunque hay tendencias escrupulosas que bloquean el crecimiento de la vida interior, existe también un sano sentimiento de culpa, indispensable para desplegar las alas del corazón. Solamente hay libertad allí donde hay responsabilidad, donde nuestras acciones son tomadas en serio. Todo proceso de crecimiento



espiritual pasa por mirar de frente, con realismo, a nuestras propias acciones; también a aquellas en las que experimentamos inquietud o remordimiento. Necesitamos ver, junto a Dios, nuestros pensamientos, palabras, obras y omisiones: comprender en qué hemos podido herir —o, casi peor, tratar con indiferencia— a Dios y a los demás; en qué nos hemos hecho daño a nosotros mismos, dejando que crezca en nuestra alma la cizaña. Porque solo la verdad nos libera, especialmente la verdad sobre nuestra propia vida.

TRANSFÓRMALO

Recibe, Señor, nuestros miedos y transfórmalos en confianza.

Recibe, Señor, nuestro sufrimiento y transfórmalo en crecimiento.

Recibe, Señor, nuestro silencio y transfórmalo en adoración.

Recibe, Señor, nuestras crisis y transfórmalas en madurez.

Recibe, Señor, nuestras lágrimas y transfórmalas en plegaria.

Recibe, Señor, nuestra ira y transfórmala en paciencia.

Recibe, Señor, nuestro desánimo y transfórmalo en fe.

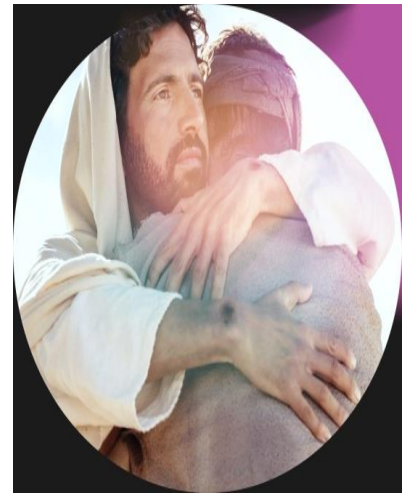
Recibe, Señor, nuestra soledad y transfórmala en contemplación.

Recibe, Señor, nuestras amarguras y transfórmalas en paz del alma.

Recibe, Señor, nuestra espera y transfórmala en esperanza.

Recibe, Señor, nuestra muerte y transfórmala en resurrección.

En esta tarea habremos de evitar tres tentaciones: primero, la de minimizar nuestra culpa, por un examen de conciencia superficial, o por rehuir al silencio interior en el que nos espera el Espíritu Santo para mostrarnos nuestra propia verdad; segundo, la de transferir la culpa a los demás o a las circunstancias, de manera que aparezcamos habitualmente como víctimas, o como si nunca hiciéramos daño a nadie; y, en último lugar, una tentación que parece contraria a la anterior, pero que acaba por llevar a la misma complacencia estéril: la que desvía nuestro arrepentimiento de Dios y de los demás para centrarlo en nuestro orgullo herido, en el hecho de habernos fallado de nuevo a nosotros mismos.



El sacramento de la Reconciliación es uno de los centros neurálgicos de ese gran movimiento de reconstrucción, de pacificación, de perdón. Es el mejor lugar desde el que podemos tomar distancia de nuestra culpa; ahí nos damos cuenta de que, aunque somos pecadores, no somos nuestro pecado; y de que, ante un Padre que nos ama sin condiciones, no necesitamos ocultar nada. El sacramento de la Reconciliación nos ayuda a enfrentarnos con nuestra fragilidad, nuestras contradicciones, nuestras heridas; y a mostrarlas al único médico que puede curarlas. San Pablo lo hacía con una seguridad sin límites: “Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2Co 12,9).

Esa confianza, sin embargo, va de la mano de la contrición, el sufrimiento del corazón por el mal que encuentra dentro de sí: “Lávame por completo de mi culpa, y purifícame de mi pecado. Pues yo reconozco mi delito, y mi pecado está de continuo ante mí” (Sal 51,4-5). La tradición católica suele diferenciar dos tipos de contrición: la que surge del amor a Dios, el arrepentimiento por haber rechazado el amor de la Trinidad, es decir, de las personas más importantes de mi vida; o la que surge, de manera indirecta, ya sea por comprender el daño ocasionado con el pecado, sus consecuencias espirituales, o la confianza en la sabiduría de la Iglesia. La primera es llamada «contrición perfecta»: por ella, Dios nos perdona los pecados, incluso graves, con tal de que nos propongamos acudir al sacramento de la Reconciliación cuando sea posible. La segunda es la llamada «contrición imperfecta»; también es un don de Dios que inicia un camino espiritual, porque nos dispone a recibir el perdón de los pecados en el

La Confesión frecuente sigue siendo una fuente privilegiada de santidad, de paz y de alegría

sacramento. Los actos de contrición, que pueden ser breves oraciones improvisadas a lo largo del día. Por ejemplo “¡Perdón, Jesús!”, despiertan ese dolor del corazón; nos preparan para recibir y para compartir más abundantemente la misericordia de Dios.

El catecismo de la Iglesia nos recuerda también que, junto al sacramento de la Penitencia, único lugar en el que Jesús nos libera de los pecados graves, también podemos recibir de otras maneras la reconciliación de los demás pecados. La Sagrada Escritura y los Padres citan, entre ellos, “los esfuerzos realizados para reconciliarse con el prójimo, las lágrimas de penitencia, la preocupación por la salvación del prójimo (cfr. St 5,20), la intercesión de los santos y la práctica de la caridad “que cubre multitud de pecados” (1P 4,8)”. Sin embargo, la Iglesia no deja de recomendar la Confesión sacramental también para esas faltas menos graves. San Pablo VI recordaba que “la Confesión frecuente sigue siendo una fuente privilegiada de santidad, de paz y de alegría”.



El pecado y la reconciliación tienen una doble dimensión: la dimensión personal y la dimensión social; las dos deben ser puestas de relieve en el rito de la celebración y de las dos deben ser conscientes cuantos participan a la celebración del rito penitencial. Decía San Juan Pablo II que la conversión es un acto interior de una profundidad particular, un acto en el que nadie puede ser sustituido por los demás. No es menos evidente la dimensión social. En el sacramento de la Penitencia la Iglesia como tal es mediadora a favor del penitente y lo acoge en su seno, El sacerdote en virtud de su ministerio representa esta dimensión eclesial.

El Ordo paenitentiae contiene tres ritos diversos para la celebración del sacramento. En todos tres, como corresponde en una celebración, resplandecen la iniciativa del Padre que invita a la reconciliación y perdona, la mediación de Cristo redentor y el don del Espíritu Santo. La primera forma, reconciliación individual, permite valorar mejor los aspectos personales, indispensables en un itinerario de conversión. La segunda forma, celebración comunitaria con absolución individual, pone de relieve más claramente la dimensión comunitaria de la celebración y de la reconciliación misma. Y la tercera con la absolución general, es decir, a más de una persona a la vez sin escuchar la confesión personal, está prevista en el canon 961 del Código de Derecho Canónico; pero sólo se permite en dos supuestos de carácter excepcional, que fueron reafirmados por el Papa san Juan Pablo II en su Carta Apostólica Misericordia Dei, del

año 2002. Primera, que amenace un peligro de muerte, y el sacerdote o los sacerdotes no tengan tiempo para oír la confesión de cada penitente. Y segunda, que haya una grave necesidad, es decir, cuando, teniendo en cuenta el número de los penitentes, no hay bastantes confesores para oír debidamente la confesión de cada uno dentro de un tiempo razonable, de manera que los penitentes, sin culpa por su parte, se verían privados durante notable tiempo de la gracia sacramental o de la Sagrada Comunión. Pero nosotros franciscanos seculares, consagrados con nuestra profesión, no podemos caer en esta dinámica de confesiones comunitarias con absolución individual sin apenas escucha y confesión de los pecados o bien en las de absolución general, por la pereza, los miedos, la vergüenza que tengamos para asistir a este sacramento, aunque haya parroquias (y por desgracia muchas) que erróneamente las ofrezcan.

De acuerdo con estas indicaciones que nos dicta la Iglesia, nuestras Constituciones Generales prescriben a los hermanos "Frecuenten el Sacramento de la Reconciliación y cuiden su celebración comunitaria tanto en la fraternidad como con todo el Pueblo de Dios" (art 13.1).

Es curioso, que en la Regla del Papa Nicolás IV prescribía la confesión tres veces al año, un poco más de lo que había determinado para toda la Iglesia el Concilio IV Lateranense, La Regla de León XIII, una vez al mes. En las fraternidades, durante el siglo XX hasta la actual Regla fue norma la confesión frecuente como medio de conversión permanente y santificación.

La Regla actual no da ninguna indicación concreta. Con palabras breves enseña el espíritu con el que se debe participar en la vida sacramental de la Iglesia y con el que se debe participar en la vida sacramental de la Iglesia y con qué se debe vivir la vida penitencial.

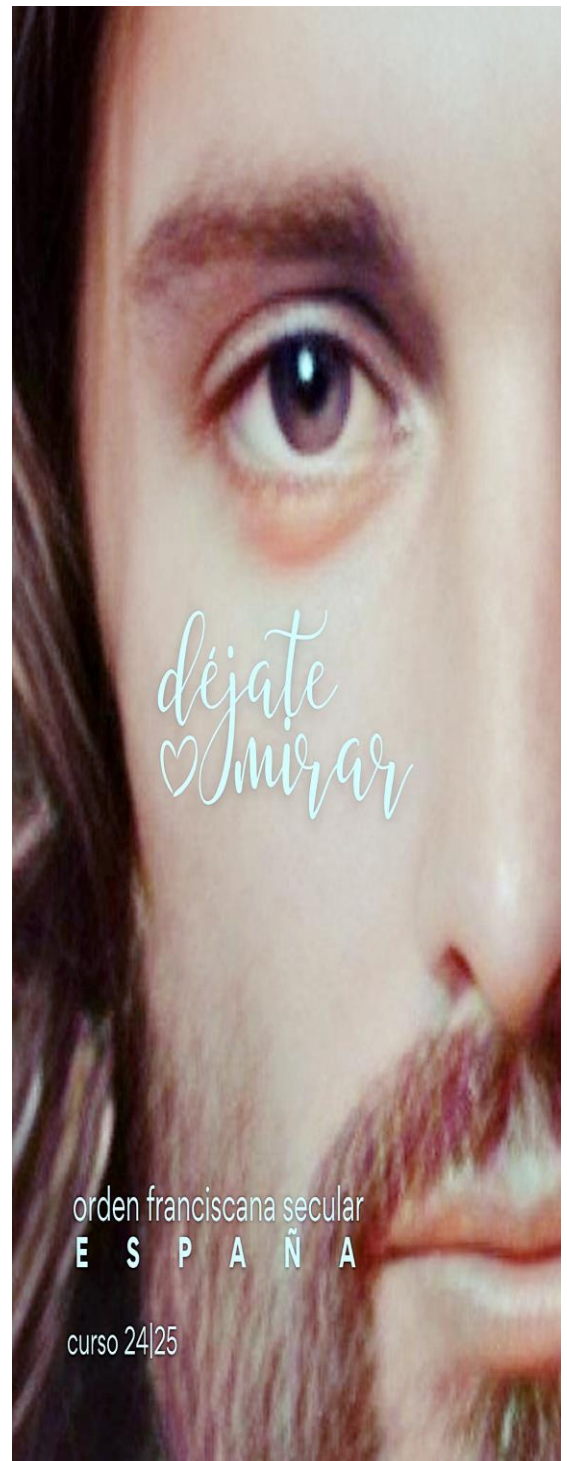


Mientras que la Constituciones, dicen “con frecuencia”. La aplicación de esta orientación está consolidada en las recomendaciones de Francisco de Asís en la segunda carta a los fieles: “Debemos confesar todos nuestros pecados al sacerdote. Y hemos de recibir de él el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo... Pero coma y beba dignamente, porque el que lo recibe indignamente se comen y bebe su propia condenación por no distinguir el cuerpo del Señor.... Hagamos además furos de penitencia. Y amemos a los prójimos como a nosotros mismos”. O bien en la Admonición 22. “Bienaventurado el siervo que al ser reprendido se reconoce bondadosamente, se somete respetuosamente, confiesa humildemente y repara de buen grado”

La Confesión frecuente nos permite afinar el corazón, y evita que nos acostumbremos a nuestra frialdad, a nuestras resistencias al amor de Dios. Benedicto XVI comentaba una vez: «Es verdad que nuestros pecados son casi siempre los mismos, pero limpiamos nuestras casas, nuestras habitaciones, al menos una vez por semana, aunque la suciedad sea siempre la misma, para vivir en un lugar limpio, para recomenzar; de lo contrario, tal vez la suciedad no se vea, pero se acumula. Algo semejante vale también para el alma, para mí mismo; si no me confieso nunca, el alma se descuida y, al final, estoy siempre satisfecho de mí mismo y ya no comprendo que debo esforzarme también por ser mejor, que debo avanzar. Y esta limpieza del alma, que Jesús nos da en el sacramento de la Confesión, nos ayuda a tener una conciencia más despierta, más abierta, y así también a madurar espiritualmente y como persona humana”

El sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar el puesto central en la vida cristiana, ha escrito el Papa Francisco. Más allá de la curación de las grandes heridas, es un necesario aliado en la vida cristiana diaria: nos ayuda a conocernos cada vez mejor, y a familiarizarnos con el corazón misericordioso de Dios. Difícilmente superaremos de manera inmediata todas las rutinas o disposiciones que nos llevan al mal: la gracia cuenta con la historia, y tiene que hacerse una cosa con la nuestra. Por eso, sin expectativas irreales que nos pueden hacer desesperar de nuestra debilidad, o incluso de la gracia, tengamos siempre la mirada puesta en Jesús; no dejemos de acudir a quien quiere y puede curarnos.

Hasta el próximo capítulo, ¡Paz y Bien!
Formador de la región. Arturo García.



RETIRO DE CUARESMA

GUADIX 22 – 23 MARZO 2025

Centro Diocesano de Espiritualidad
"Beato Medina Olmos"

Pues ya se acerca el ansiado retiro esperado por tantos hermanos para estar juntos, unas jornadas para hacer fraternidad; abrazar al hermano y compartir la vida, y en este año esperanza dar testimonio con nuestra presencia. Desde el Consejo Regional de la Zona se toman acuerdos para que así sea ¡no faltes!



El Padre Emilio conoedor de nuestro carisma, pondrá su intención en que sean unos días de crecimiento personal. Unos días para meditar y profundizar, para encontrarnos con Dios a la manera de Francisco, olvidarnos de las falsas seguridades y anhelar su perdón, su misericordia y su acompañamiento.

Por eso es necesaria tu presencia, y no solo por ti, por tus hermanos. Ante el reto de la distancia se abre el encuentro fraternal, espiritual.

PROYECTO AYUDA A LAS FRATERNIDADES **ACCIÓN SOCIAL DE LA ZONA CARTAGINENSE**

PORQUE NOS IMPORTAN LOS JÓVENES. PORQUE QUEREMOS AYUDAR A CONSTRUIR UN MUNDO PARA EL SEÑOR, PORQUE SER FRANCISCANO ES COMPARTIR. PORQUE VIVIMOS EL EVANGELIO.

«Cada ser es bello y merece ser amado no por la actitud humana que lo lleva a Dios o por el significado que le pueda dar el hombre, sino porque él mismo es vestigio de Dios»

COLABORA CON SHEJINÁ



QUIERES VIVIR EL EVANGELIO



ORDEN FRANCISCANA SECULAR

PONTE EN CONTACTO
zonacartaginenseofs@gmail.com